

Subcomisión de Cultura

Coordinador: Spiner Rubén.

Integrantes:

Blanco, Federico (Buenos Aires)

Cannata, Valeria (Tucumán)

Carbia, Sergio (CABA)

Clerc, Constanza (Bella Vista)

Di Prinzio, Luis (CABA)

Escandar Saravia, Adriana (Salta)

Gatti, Carlos Fernando (CABA)

Lui, María Fernanda (Jujuy)

Mercado de Scaglione, Susana (Santiago del Estero)

Vidal, Graciela del Carmen (Córdoba)

Prólogo

Desde el Grupo de Literatura de la SAD compartimos con todos los dermatólogos, como cada año, parte de la producción que venimos intercambiando.

El enriquecimiento personal que otorga la lectura es indiscutible e ilimitado: tenemos presente que las vivencias, fantasías, ilusiones, aventuras, pensamientos, que se transmiten, enriquece la sensibilidad y el acervo intelectual del ser humano. Así, la Medicina Narrativa es una herramienta a disposición de todos aquellos colegas, quienes deseemos abordar un mejoramiento en la relación interprofesional y con los pacientes, además de la obvia superación cultural del profesional.

Aspiramos a que disfruten de estos escritos, que ellos formen parte del entretenimiento tan necesario para todos los médicos, en la cotidianeidad.

El grupo es pequeño: reiteramos la invitación a incorporarse como integrantes del mismo, dentro de la comunidad de la SAD.

Dra. Graciela del Carmen Vidal

Coordinadora - Grupo de Literatura

Subcomisión de Cultura – SAD

Integrantes año 2023

Carbia, Sergio

Grzeszczak García, Bárbara

Guerrero, María Cristina

Lynch, Guillermo Francisco

Lui, María Fernanda

Pilz, Cynthia Patricia

Valdez, Nilda

Vidal, Graciela del Carmen

Selección de Poemas y Narraciones

2023

Pelagatos

“Ratón, ratón...”, “¿Qué quieres gato ladrón...?”, “Comerte quiero”, “Cómeme si puedes...” Juego popular

Eramos siete, no once, siete para jugar el partido de fulbo contra la Japón. Había guita, de la grande, 10 pesos moneda nacional, no cualquier votacén, 10 mangos por cabeza. Ni ellos, ni nosotros, queríamos cualquier canchita de mierda, de esas que tirás dos buzos y formas un arco de morondanga, de esos que la pelota pega en uno de ellos, dá un saltito y se vá para cualquier lado. La última vez íbamos empatados 4 a 4, “el que hace el último gol gana” –dijo Manu, el pie exquisito de nuestro equipo, el diferente, el maradoniano, el que a último momento inventaba algo y nos salvaba. Pero patearon primero ellos hacia nuestro arco y cuando la pelota pegó en el buzo izquierdo, haciéndolo volar a un costado, estos mal nacidos gritaron gol. “De qué gol hablás, si se fue al carajo”, bramó el negro Gimenez, “¿Es una broma? ¿Nos están gastando?, ¿Están chicatos?” -contestó agitado el autor del disparo. “Nico, dale, pasamela” dijo Manu, que, tras hacer la bicicleta, levantó la pelota shoteando un pase largo que lo dejó mano a mano al Gambita Otero frente al arquero, quién le pegó al balón como el orto, torcido, dando sapitos hasta perderse por la esquina, no la del córner, sino la de la calle de la plaza, para cruzarla y terminar quietita pegada al cordón de enfrente. Ahí Gambita les gritó gol, el muy zorro les gritó gol, encabronando a esos giles de cuarta, mientras todos nosotros nos lanzamos en masa a abrazarlo, a felicitarlo por tan estupenda avivada. Y ahí nomás, se armó el bolonqui. Todos reclamaban la biyuya, incluso alguno se morfó una ñapi, pero bastó que escucharan la sirena de la yuta para que todos metieran violín en bolsa.

Pasado el mes los reclamos eran constantes de ambos lados. En cuanto nos cruzábamos, volaba de todo, desde escupitajos a cascotes. Hasta que un día, nos reunimos los dos bandos en plaza Suiza; “¿Y si nos metemos en el campo de deportes del High School por

la callecita de atrás, aquella que ni alambrado tiene?” -dijo el Flaco Rojas; “Tiene arcos de los profesionales, vamos a tener que juntar once, eso sí” agregó; “Me gusta mucho la idea, lástima que hay que garpar el 85 para llegar hasta allá” -dijo el capitán Ponja; “¿Te escuchas las boludeces que decís cartonero? Un Nobel al amarrete por acá plis”, -dijo el Colo, brazos en jarra invertida a sus orejas imitando el ademán del topo Gigio, e indetenible, aprovechando el breve espacio de silencio acaecido, le dirigió una mirada cómplice a Gimenez y parloteó: “Me parece que estos matungos están cagados hasta las patas”. No lo soportaron, los ojos de ellos se pusieron serios y se achinaron de una manera especial, furibunda digamos, y el más gordinflón cantó: “A las 9 el sábado a lo mejor de 10. Nada de excusitas. Hay que jugar este sábado, que es feriado y no tienen hockey los cogotudos. El que gana se queda con todo, no sólo con la mosca. Todo es todo, con la pelota y la ropa.” Apareció otro silencio, esta vez, mayor que el anterior. “¿Que les pasa, trollos, les entró el cuiqui?”-chuzeó el más enano de ellos; “Todo bien, gil, estábamos pensando como juntar once en dos días” -dijo el Rata, para seguir pegadito, “No somos gayinas como otro que conozco que a la primera arruga”, y levantando la jeta, tras atarse los cordones de los botines, le echó una sardónica mirada al cacique quién prefirió hacerse el sordo. “Nos vemos el sábado, vengan con toda la mosqueta, zanagorias”, soltó al final el Colo; “Mucho blá-blá-blá, Papita pal loro”, deditos de la mano juntitos dibujando la cabeza de un flamenco dirigiéndose a su boca, culminó el barrigón. Saludos tibios, sin contacto físico alguno, y tímidas palmas levantadas dieron punto final a la reyerta provocando que cada grupo se tomara el buque pa’ sus pagos.

Apenas entraron el sábado al campito los gurrumines, el portero del colegio, Don Antonio, no se anduvo con chiquilinas. Inmediatamente dió aviso a la gorra que paraba en el Clú Pejerrey y estos corrieron a la pendejada antes que iniciara el partido.

-Fuera de acá atorrantes! Es un sitio privado. Acá viene gente bien, no es lugar para pelagatos –atronó Don Antonio, clavándoles a sus espaldas, como bala perdida, estas últimas palabras.

Cuando Nico llegó a su pequeña casa, realizada completamente en telgopor gracias a un plan de vivienda del gobierno, le preguntó a su padre:

-Nos sacaron de una canchita de futbol en el río porque nos botoneó un viejo y encima, el muy choto, nos dijo que la gente bien no pela gatos. No entendí un pomo. ¿Qué quizo decirnos?

El padre, changarín y desocupado, que cobraba un subsidio del gobierno, que no tenía donde caerse muerto, se quedó pensativo un rato rememorando aquellos días en que Nico era un bebé...

-¿Y? Me vas a decir o no papi. Vos que sabes de todo. –lo apretó el purrete.

-Es muy fácil, hijo, muy fácil la respuesta. Quiere decir, que únicamente los malos pelan gatos. –dijo, el hombre, treinta y tantos años largos, sentado en el cajón de manzanas que oficiaba de banquito.

-Ah, ya sabía que era eso. Nos confundió con la malagente. ¡Qué zonzo fue! Estaré más atento papi. Me cuidaré mejor de esos hombres malos, de esos pela gatos.

Entonces, como un aluvión zoológico, desfiló por la mente de su padre aquellos días en que le dieron el raje (sin que le gatillen un sope) en el laburo del frigorífico, la casa heredada de sus padres expropiada por el banco al no poder levantar el préstamo, los punteros políticos con los que tuvo que tratar, el mionca repleto aquel domingo que lo levantó a él para ir a votar, los promesas del presidente con la plaza a reventar, y, entonces, recién entonces, con voz entrecortada le contestó:

-Espera Nico, no te vayas aún a jugar. Te diré solo una cosa más. Está muy bien que te cuides de ellos. Pero cuidate más hijo, aún mucho más, de los que se dicen buenos, esos chamuyeros que te pelan los bolsillos bien hasta el fondo sin siquiera darte cuenta. De esos buenos cuidate tantísimo más, porque de los malos... –suspiró hondo, casi al borde de las lágrimas –, porque de los malos te cuidas solo.

Sergio Carbia

Café Oriente

¿Me permite? Sé que está ocupado pero le pido que me dé un poco de atención.

Bueno, en realidad soy yo la que necesito contar esta historia y si la lee, mejor.

Usted se preguntará ¿es necesario que la cuente? Léala y me comprenderá.

ENCUENTRO

Retrocedemos treinta años, a tres cuadras de mi casa, en la esquina de Maipú y Pueyrredón funcionaba una taberna o sea un despacho de bebidas donde se reunían los peones y los empleados del ferrocarril a tomar unos tragos y jugar a las cartas. Al lado, un pequeño local donde la señora del dueño se dedicaba a remallar medias. Yo, de tanto en tanto, le llevaba algunos trabajitos.

Recuerdo el momento que el hijo apareció por la puerta de atrás, me vio, pidió disculpas por la intromisión y desapareció.

ROMANCE

Desde entonces me lo encontraba en todos lados y que eran encuentros provocados no tengo duda. Llegó al colmo de pasar por paciente y se presentó en consultorio externo de Dermatología ¿Que ocurrente no?

Nada mal, el tipo morocho, ojos vivaces, alguien que valía la pena tenerlo al lado. Recuerdo: era una noche clara de verano porque las estrellas brillaban con todo, yo estaba abriendo la puerta de casa cuando se me cruzó y me dijo "estoy loco, pero puedo pedirte que me invites con un café" tan repentino, que fue como si recibiera un sablazo por la espalda y no me dio tiempo a pensar.

Si estás loco, le respondí, después sentada en el sillón me di cuenta de mi error, bueno me dije: en la próxima lo invito.

Pero no hubo próxima.

DESENCUENTRO

A partir de entonces no me lo cruzaba más, solo lo veía los sábados ya que la iglesia quedaba a media cuadra del boliche. Sabía a qué hora pasaba, se paraba en la puerta y me saludaba a distancia.

Una tarde como al pasar miré por la vidriera. Una chica rubia parecida a mí estaba sentada en una de las mesas.

Que la madre murió, me di cuenta cuando la mujer puso un negocio de ropa deportiva que se llamaba BUENA VIDA.

La ropa era de poca calidad y a eso la taberna ya no funcionaba.

BUENA VIDA ¿raro? ¿De qué vivirían? La respuesta corrió por el pueblo: en CAFE ORIENTE se vendía droga.

Poco después, mientras tomaba mi cafecito, leo la noticia: "en una riña a cuchillo el hijo del tabernero muere degollado"

REENCUENTRO

El otro día me llamaron a domicilio y sin darme cuenta me detuve enfrente de la esquina. Quedé impactada por el aspecto del edificio, parecía que todo el horror de esa noche estaba impregnado en las paredes, y tuve la certeza que la casa estaba ocupada.

Tenía mis motivos ya que el suceso fue tan inesperado que ese algo no tuvo tiempo de decidir su futuro si una estrella, si reencarnación o limbo y se quedó.

De repente me sentí invadida por una fuerza extraña, y me acerqué a la pared, puse mi mano y pude descifrar el sonido.

Me decía "¿todavía te acordás de mí, Barbara?, mirá lo que me pasó: desde ese trágico momento estoy dando vueltas, encerrado en estas paredes"

Encontré un agujero entre los ladrillos de barro y le dije "soy la responsable de

todo, compartiendo un café esa noche quizás no serías un fantasma y yo no
estaría tan sola"

Comprenden ahora porqué tengo necesidad de escribirlo

Barbara G. García

LA CRESPA

Antes de que suene la alarma de las siete treinta se levanta presurosa, en camión. Seguro que su empleada ya llegará en cualquier momento.

La señora Cecilia recuerda el día que le hizo la entrevista hace ya nueve o diez años. Todavía vivían en la casa grande. Lo primero que le preguntó días antes por teléfono es si sabía lustrar el parquet y los bronce. Le aseguró que si sabía. Todo. Sabía hacer de todo. Le había preguntado si sabía planchar.

—Tengo referencias— contestó la futura empleada

Una mujer muy delgada, de piel cetrina, de largos cabellos recogidos con una gomilla se presentó ante ella, al otro día. Su mirada tenía una profunda tristeza.

Ni bien entró a la casa le confió que su marido se había suicidado cuando el mayor de sus hijos acababa de cumplir diecisiete años. Y que a los cinco años de este hecho volvió a revivir la tragedia con este hijo.

Recordó la mezcla de sensaciones que tamaña confianza le produjo.

Imaginó el sufrimiento de esta mujer y su entereza para seguir adelante.

Le dijo que estaba sola, que tenía hermanas pero que ellas tenían sus propios problemas. Le dió los teléfonos de donde había trabajado. Sintió su corazón acelerarse mientras trataba de esconder las lágrimas que pugnaban por salir. Nunca pidió las referencias.

Como todos los martes, jueves y sábado, bueno no todos, porque a veces falta, allí estaba Eloísa con su media sonrisa y su mirada triste.

A estas alturas la señora Cecilia sabe mucho de Eloísa, entre otras cosas que no sabe limpiar el parquet, ni los bronces, la tiene que perseguir para que saque las telarañas, limpie la heladera, el horno y...

Muchas veces tuvo la tentación de decirle que no venga más, pero aparecía alguna situación nueva. Siempre la disculpaba ¡Tiene tantos problemas! Hasta un hijo indocumentado.

Otro de los hijos se juntó con una joven, siendo muy chico. Tuvieron dos hijos que ahora tienen doce y trece años. Viven con Eloísa.

Su voz la trajo a la realidad.—Vaya señora, vaya, duerma otro rato.

Limpio y desayunamos. Porque siempre desayunan juntas.

El año pasado murió la hermana menor de Eloísa. De cáncer de hígado.

Dejó un varoncito de tres años y una niña de once años. ¿Quién se hizo cargo? Ella, por supuesto. No percibe todavía la ayuda que corresponde.

2

Cecilia continúa recordando, cuando se mudó por primera vez. Y la sonrisa que se dibujó en el rostro de su empleada cuando le dijo que en la casa nueva no habría parquet ni bronces.

En ese entonces le regaló ropa, calzados, el colchón de la cama grande, una cama para los chicos, las mesas de luz...

En la primera mudanza se perdieron sábanas, platos y vasos.

— Ud los empacó Eloísa— dijo la señora.

— ¿Recuerda el papel verde que compramos para envolverlos? y ella respondía que sí los había visto antes de salir. —Seguro se perdieron en la mudanza señora— concluía.

En la segunda mudanza no llegaron a destino los utensilios de cocina, ni el frasco grande lleno de café, ni las cortinas del living...

—¡Seguro que son los de la mudanza señora!

La señora Cecilia sabe muy bien lo que tiene y que su empleada se lleva el detergente, el café, el alimento de los perros, el aceite, cuando no la ve. Muchas veces tuvo intenciones de despedirla. Pero Eloísa tiene asma, una hernia que le duele siempre, problemas de riñón. Los chicos se enferman. En la pandemia tuvo covid, también faltó mucho. Faltó un mes durante la enfermedad de su hermana.

Cuando se sientan a desayunar Eloísa le cuenta que Yamila, una de sus hijas conocerá el mar. Irá a trabajar a la costa cuidando seis niños e inmediatamente saca su teléfono y le muestra la rodilla lastimada del sobrino.— ¿Que se puede poner señora? ¡Mi hija dice que usted es tan acertada!

La señora le pregunta con quién quedará el pequeño hijo de Yamila, ya que su marido está en la cosecha de manzana. Eloísa le responde:

— Y conmigo ¿con quien más señora?

Y continúa — ¿ Recuerda a mi nieto mayor Agustín? Le va muy bien en la escuela y solo rinde dibujo. Ya pasa a segundo año. La madre quiere que vaya al Liceo militar pero no creo. Ella lo endulza para que se vaya

con ella, como ya se lo he criado...

La señora la vió esconder entre sus ropas los saquitos de té de

manzanilla y de cedrón pero hace la vista gorda como tantas veces.

Seguro que lo está necesitando para algún nieto. Si supiera la señora

Cecilia que cuando no la escucha le dice “ la crespá” por no decirle culo
crespo.

María Cristina Guerrero

Mujer bandera

Mujer, emblema

Entre tantos cuerpos. .
En los antifaces de otras mujeres.
Desnuda
En todos los hombres
Glorificada en torres de humo
Mujer...
Sostienes margaritas en las manos
No serás abandonada en los suburbios
De la noche
Y en mis ojos izare tu bandera.

Maria Fernanda Lui.

Reencuentro

Y llegará el día
Cuando te anuncies
Y de mis manos
Brotarán los vientos
Cómo huracanes encerrados
Sólo para asirte
Tal vez llegue agosto
Cuando estás rosas ...
Hayan despojado tantas espinas.

Maria Fernanda Lui.

Arcángel

La tensión de cada uno de los hilos de plata aumentaba llevándolos a un colosal y apretujado abrazo estridente. Ahogando al extremo cada una de las hebras a punto de desgarrarse. Una fuerza que provenía de su guía, unos dedos largos y finos, de la mano, de la muñeca y finalmente de aquel brazo derecho de la figura alada. Con su otro brazo dicho personaje sostenía firmemente el arco para que no se le escapara la flecha.

De pronto el huracán cesó de la nada. Una calma deletérea y sosegada con el cielo completamente descubierto anunciaba que algo no andaba bien. ¡Una extraña y terrorífica sensación se apoderó del lugar llegando a calar hasta los huesos de las almas más valientes! Una pared simétrica de torres altas con nubes oscuras y vientos circundaban la zona, encerrándolo. Dejando solamente un claro de luz del cielo celeste por encima de ellos. ¡Había llegado el ojo del huracán! La respiración pendía de un fino hilo. El miedo.

Únicamente aquella figura sobre el risco seguía inmóvil cual estatua con su arco tensado y su mirada concentrada, sin pestañear, en el ojo del tifón. Leyendo el pensamiento del mismo.

El arco refulgente se había tensado tanto que parecía que iba a fragmentarse en cualquier momento. ¿Cuánto tiempo iba a resistir el arma? ¿Y el arquero? Una gota de sudor diáfana emergió del cuero cabelludo hacia la sien, luego pómulos y maxilar superior. Todos los pobladores observaban hipnotizados la escena de la figura esbelta alada. La gota siguió su recorrido por la comisura de los labios hasta el mentón y ... al momento de desprenderse del cutis ceniciento, el arquero exhaló. El mordaz rayo estruendoso cual flecha se disparó hacia el ojo celeste. Desintegrándose en el blanco en miles de estrellas que se espolvorearon centrífugamente hacia la inmensa pared de nubes. Desapareciendo entre ellas. Al instante las torres respondieron, cerniendo nubarrones sobre el claro. Ahogándolo en una diabólica oscuridad. Aquel arquero alado suspiró profundamente y observó lo que estaba aconteciendo sobre ellos. Extendió sus largas y radiantes alas cristalinas, elevándose y desapareciendo al final del cierre de las nubes sobre el claro.

Una brisa comenzó a levantarse. Una brisa que se convirtió en viento y miedo al alcanzar ráfagas letales. Corrían desesperados los pobladores al amparo de las cuevas subterráneas. Solo unos pocos llegaron a sobrevivir. Una niña que había observado al ser alado desde

su escondite recordó la última escena, antes que éste desapareciera por completo. Al ángel montado sobre un dragón rodeado de un halo de luz azul brillante. Las nubes bajaron el telón.

Boca en boca se contaron historias entre los sobrevivientes, de aquel personaje, que perduraron por generaciones.

Al arribar a su morada el ángel descendió del dragón. Mientras caminaba acercó las manos a su cabeza quitándose el casco máscara. Sus ojos irradiaban un azul eléctrico. En la sala principal lo esperaba su compañero, detrás de un tablero de comandos. Lo miró de reojo mientras se dispuso a quitarse el resto del traje espacial. Sumergiéndose con sus pensamientos en aquel mundo que acababa de abandonar.

-Sabes bien que no puedes hacer nada- le dijo su compañero, desde la sala de comandos. Y quien lo había estado observando desde su regreso.

-Lo sé- carraspeó.

- ¿Y entonces? ¿Por qué esa cara? –le preguntó.

- ¿Cómo acabarán? ¿Qué será de ellos? –cuestionó dirigiendo su mirada hacia la ventana de la nave espacial.

-No sé. ¡No sabemos! ¡Deben arreglárselas solos!

Tenemos la orden de no intervenir en aquellos mundos que recién comienzan a emerger. Deben evolucionar solos, alcanzar la madurez e inteligencia suficiente para...

-Sí, si... No hace falta que me lo recuerdes. - Se fastidió el androide.

- ¿Enviaste las sondas? -preguntó el compañero humanoide.

- ¡Si! Salieron como estrellas disparadas hacia las nubes.

- ¡Perfecto! ¡Ya las activo! Así tendremos un escaneo constante del planeta. - ¿Te vio alguien allí abajo?

Fin.

Cynthia Pilz.

La viajera inmóvil

La conocí cortando las flores que siempre me rodearon, hermosos pensamientos violetas, azulinos y amarillos.

Lloraba y entre lágrimas una por una, iba armando un ramito multicolor y agradable. De pronto me miró asombrada. Sería tal vez porque siempre uno de mis lados daba un brillo especial durante el día con el sol y un fulgor plateado con el reflejo de la luna a la noche. Eso me hacía diferente a todo lo que me rodeaba.

Yo lo sabía y era mi orgullo.

Se acercó con sus manos curtidas por el clima sureño a pesar de ser joven. Me alzó acercándose a sus ojos almendrados y húmedos. Cerró un puño y en voz alta dijo- ¡serás el recuerdo de este momento y del ramito que voy a llevar a mi nona, porque sos hermosa, brillas y das una luz especial!

Me acomodó en su bolso de mimbre tejido en Famailla, el pueblo de la abuela y allí partimos en su bicicleta, sin saber el destino que me esperaba y sin haber podido despedirme de mi lugar.

Ese fue el comienzo de un largo camino.

Como prisionera escuché una voz ronca agradeciendo las flores y un sonido alborozado al descubrir el amuleto que Clotilde había llevado.

Mientras tanto desde el fondo del bolso, me sentía halagada. Pero incómoda.

Nunca había estado encerrada y tampoco dentro de una casa. Mi terruño siempre fue frente al lago, con el aullido de perros callejeros a lo lejos, el canto de pájaros a la mañana y el ulular del viento algunas tardes de invierno.

La mano me había encontrado, aunque intenté escabullirme, y fui a parar a otra mano, huesuda pero cálida, arrugada, pero suave por el amasijo constante del pan casero.

Oí de nuevo la voz - ¡que hermosa piedra Clo, gracias!

Supe más tarde que la abuela había dejado de caminar hacia tiempo. Su nieta era quien se ocupaba de traerle pequeños objetos que encontraba en aquellos parajes donde solía

pasear antes de enfermar. Y así Rosiña (la abuela) recordaba algunos momentos de su vida.

Me encontré extrañada en un estante pintado de verde claro junto a hojitas secas, botellitas con arena, algunas flores amarillentas y hasta corchos de botella ...

De nuevo molesta. Añoraba mi libertad.

Pasaron los días hasta que una mañana escucho un sonido irreconocible, parecía un ulular, pero no había viento. Lo supe cuando Clotilde habló con su hermana por teléfono y le contó que se habían llevado a la nona al hospital.

Recuerdo que una tarde crepuscular y húmeda irrumpieron varios hombres vestidos de un naranja fuerte que contrastaba con la oscuridad de la noche que se avecinaba

Esparcieron canastos donde guardaron muebles, ropas, cuadros y se fueron.

La casa quedó vacía, solo quedó el estante con los objetos y yo. Abandonados a nuestra suerte.

Ni la abuela ni Clotilde volvieron.

Me sentí apenada, ninguna de las dos se acordó de mí. Claro, ya no brillaba con el sol, ni el fulgor de la luna se posaba platinada para darme luz.

Me fui opacando con el polvillo en mi superficie.

Un día gris, de cielo encapotado por gruesos nubarrones vinieron dos mujeres con una pequeña de trenzas, traviesa e inquieta, que en un intento de atrapar una mosca tiró el estante, volaron mis compañeras las hojas secas y los corchos. Salí rodando hacia un rincón.

Se fueron de prisa y volvieron a la semana con muebles, ropa y otros trastos.

La mujer más joven ordenó todo y al barrer me encontró, le gusté. Me guardó en su bolsillo.

Después conocí el porqué.

Los días pasaron y al comienzo de la primavera, sin saberlo, me encontré viajando en un auto rojo junto a la joven que me llevaba en su cartera. Bajó del auto y se dirigió hacia una mesa en un balcón rodeado de retamas.

Era un lugar donde comían y bebían chicas y muchachos elegantes y alegres.

Se sentó y al cabo de un rato oí la voz de un joven que preguntaba algo y decía -¡no lo puedo creer! Ella le aseguraba que esa iba a ser la última vez en verlo porque se iba de viaje con su hermana y su sobrina, pero que volvería a buscarlo.

Abrió la cartera y exhibió con suavidad. Me había lustrado y contado en secreto que amaba a ese joven, pero debía cumplir un sueño, recorrer países en busca de historias durante un tiempo.

De pronto quedé aprisionada entre la mano de ella y la ruda mano de él, sentí la fuerza de una pasión intensa, pero también la decisión de la individualidad.

Ella le aseguró convencida -¡esta piedra será el amuleto que me darás cuando vuelva y ya no me iré más!

Él me observó con dudas y me guardó en un bolsillo.

Se abrazaron.

Yo partí dentro del buzo negro de Paolo sin saber adónde.

Más tarde al subir al tren lo supe.

Nilda Valdez

Memorias blancas

Creo que lo conozco más que él a sí mismo. Eso no me extraña ya que de sólo oír sus pasos, adivino su humor. A veces camina a tropezones y otras parece que saltara como un adolescente. Me digo que puede ser porque es algo enamorado. Claro, no como yo con Manuela: cuando ella se desliza con su gracia de bailarina, algún anochecer de octubre, no me puedo contener. Necesito encontrarla, acercarme y demostrarle cuánto me importa. Así es mi naturaleza. La de él parece algo más fría pero yo advierto sus sutilezas, también lo comprendo por los matices de la voz; alguna vez le oí decir que el tono de su voz era una mezcla de bebé con Matusalén ¿quién será ese Matusalén?

Hace tiempo (nunca puedo precisarlo, ya que el reloj de la sala me confunde con sus gongs siempre iguales) llegó una joven muy delgada, vestida de blanco (a mí me gusta el blanco ¿por qué será?). Habló unas palabras con él y se quedó toda la tarde. Después volvió al día siguiente y al otro y al otro y al final siempre estaba, pero sólo cuando había luz: al anochecer ella se iba y yo me percataba que entonces una nube gris planeaba sobre su cabeza. Lo sentía en el golpe del bastón contra el piso, en que sus manos se hacían más lentas cuando tocaba el lomo de los libros. En esos momentos yo siempre me acerco y le hago sentir mi presencia: entonces veo una nueva sonrisa en su rostro y sé que sabe que estoy con él, que lo entiendo, que me gusta acompañarlo.

Por las mañanas, luego de desperezarme, debo huir de las habitaciones. La tal Fanny (ella fue quien me hizo entrar aquí, pero de eso no me acuerdo bien porque yo era muy pequeño) me incomoda al comenzar con el plumero, el escobillón, las franelas, el balde (lo peor ¡con agua!) y no sé cuántas cosas más, quejándose todo el tiempo de los pelos blancos en los almohadones de la sala. Esas son las horas de mis andanzas por el barrio. Bueno, es una forma de decir, barrio, ya que en este sexto piso me cuesta bastante disfrutar de aventuras por las inmediaciones. Pero igual busco la tibieza del sol en invierno y las sombras en el verano, que en esta ciudad es bastante húmedo para mi gusto. Lo mejor es octubre: ya lo dije, por el fresco, las flores amarillas en las copas de los árboles de la plaza (dicen que se llama San Martín la plaza, ¿quién habrá sido?, por aquí nunca lo vi) y sobre todo por Manuela, que vive en la casa vecina.

La otra tarde apareció el flaco alto de traje gris ¡tan elegante!, con sus ojos celestes (hacía un tiempo que no venía, creo que le dicen Adolfito) y esa vez la joven de blanco no estaba. Conversaron mucho y él se reía a menudo (a mí me agrada cuando se ríe, me parece que es feliz). Le volví a escuchar la historia de su accidente. *Claro, eso pasó por un descuido, decía: Yo subí muy apurado, era la semana de Navidad y Madre quiso invitarla a cenar. Había poca luz, el ascensor no funcionaba, y en el recodo de la escalera no observé la ventana entreabierta (la habían pintado y debía secarse): siempre miro los escalones, como vos sabés, en esa época algo veía, ahora cada vez veo menos. Bueno, de resultas de lo cual me lastimé la frente con la punta de la ventana: ya conocés lo que sigue. ¿Te parece que podría ser un buen comienzo para un cuento? Lógico, hay que sazónarlo con las experiencias de la septicemia, de la clínica, las radiografías más la operación. El desenlace creo que lo tengo. Como siempre, imagino el comienzo y el final: ahora debo llenar el medio ¿que opinás, Adolfito? El título sería El Sur.*

Otra tarde entré súbitamente a su cuarto y las palabras que dictaba decían:

*...en la lúcida luna del espejo
y no puede saber que esa blancura
y esos ojos de oro, que no ha visto
nunca en la casa, son su propia imagen.
¿Quién le dirá que el otro que lo observa
es apenas un sueño del espejo?...*

No entendí a quien se refería, pero me gustaron las imágenes que transmitían esos versos y pensé que él debía sentir cariño por alguien que describía así (¿podré ser yo? me pregunté confuso).

En otra ocasión lo vi perturbado, comentándole a un amigo: *Le parece a usted lógico que me tratara de esa forma delante de todo el mundo...en una reunión nadie me dice Georgie, ese es mi apelativo familiar, de casa, y Mujica (como es él, tan desenfadado) me saludó de esa manera...mire si yo le dijera ¿Cómo anda Manucho? Sería una falta de educación y de respeto ¿no le parece?* Su ceño fruncido y la mueca de disgusto que le marcaba la comisura derecha eran índices de su malestar (¿quién sería ese Manucho?, me dije. Después supe que se había reconciliado con el tal Mujica Láinez).

Por tiempos él desaparecía y los días para mí se hacían interminables. Lo extrañaba. La casa estaba silenciosa, sólo Fanny rompía la quietud con sus tareas de limpieza; claro, ella tenía en cuenta mis necesidades de subsistencia...además, dejaba siempre alguna ventana entreabierta para que yo pudiera dar mis paseos. Después él regresaba con aires de haber estado lejos, cansado pero con el ánimo renovado: ¿por dónde habría andado?

Con el paso del tiempo él se refugió cada vez más en la compañía de la joven delgada, vestida de blanco, que ahora tenía también un mechón blanco en el cabello (¡le queda tan lindo! Sí, me gusta el blanco, ya lo dije). Ella le lee los libros que a él le gustan y muchas veces se ríen juntos de las ocurrencias que tienen. Es la primera vez que lo veo contento toda vez que una persona entra a la sala, cuando él sabe que es ella y la saluda: *buenos días María, seguimos hoy con el tema de ayer, ¿le parece?*

Han transcurrido muchas noches y muchos días, creo que me estoy poniendo viejo, ya no tengo ganas de salir, sólo me gusta que me pase la mano sobre la cabeza: él también está más lento que de costumbre. Bueno, percibo que estaremos juntos también en otra dimensión.

Ayer me dijo: *Beppo, amigo, creo que nos merecemos descansar.*

Nota: Beppo, el gato blanco, dejó de existir en Buenos Aires, meses antes de que Borges partiera de la ciudad para morir en Ginebra.

Graciela del Carmen Vidal